

La no-lectura, la incomunicación

Lic. Nicolás Garayalde

Ciffyh - UNC - CONICET

nicolas_rio3@hotmail.com

Resumen

Desde que las teorías de la recepción comenzaron a incorporar la figura del lector como eje determinante de la experiencia literaria, la problemática de la objetividad y subjetividad se convirtió en eje de discusión para comprender la producción del sentido y los límites de la interpretación.

Entre las teorías que proponían un modelo aún asentado sobre las estrategias y modalidades del texto (fundamentalmente de vertiente europea, como la Escuela de Constanza) y aquellas que asumían una posición aún más radical virada hacia una posición antitextualista (fundamentalmente en Estados Unidos, como el *reader-response criticism*) la discusión involucró no sólo cómo comprendemos la lectura y nuestra relación con la literatura sino el carácter metodológico de su abordaje. Entre la sociología y la psicología, entre lectores hipotéticos y reales, entre comunidades e individualidades, los estudios sobre la recepción entran un diálogo en pares dicotómicos que a menudo parecen indiferentes a contradicciones inherentes a sus posiciones.

El trabajo aquí presentado pretende volver a la pregunta por la lectura y el lector sobre los problemas que enfrentan diversas teorías al asumir posiciones sociológicas (“comunidad”), textuales (lectores hipotéticos), psicoanalíticas (“identidad”) o incluso neurológicas (como el caso de Norman Holland).

Sin embargo, nos concentraremos especialmente, en este núcleo de problemas, en una pregunta que se liga al concepto de no-lectura desarrollado por Pierre Bayard y compete a la crítica literaria en general: ¿es posible comunicar la lectura?

Abstract

Since the reception theories began to involve the reader as a determinant linchpin for the literary experience, the issue of objectivity and subjectivity became a focal point of debate to understand the process of gaining meaning and the limits of interpretation.

Among the theories which propose a model that draws on the strategies and modalities of text (fundamentally from Europe, such as the Rezeptionsästhetik) and those which assume a more radical position close to the anti-textualist perspective (fundamentally from America, such as the reader-response criticism) the problem involves both the way we do understand reading and our relationship with literature and the methodological issue. Between sociology and psychology, between the hypothetical reader and the real reader, between communities and identities, the studies on reception reveal a contradiction seeking a dialogue between dichotomies.

This paper aims to return to the question about reading and the reader discussing the problem faced behind the concept of various sociological theories which assume social positions (like “communities”), textualist positions (like “hypothetic reader”),

psychoanalytic positions (like “identity”) or even the neurological position (as it is shown by Norman Holland’s theory).

However, a special focus on one hand is directed to the question of the core issue which is linked to the concept of non-reading developed by Pierre Bayard and on the other hand at literary criticism in general: Is it possible to share our aesthetic experience?

La necesidad de existencia de la crítica literaria puede bien ser cuestionada. Lo ha sido, de hecho, y los argumentos parecen de los más certeros. Pero hay una problemática anterior, si es que pudiésemos salir airosos de aquella. Una problemática, digo, que atiende no a su necesidad sino a su posibilidad, desnudada bajo el aspecto de la comunicación. Para decir las cosas como son: ¿es posible comunicar una lectura?

Supongamos que mis pretensiones son menores: el efecto de esta respuesta no atenta, diría entonces, contra la posibilidad de toda crítica, sino que está direccionada hacia el lugar donde la misma noción de lectura es tomada como objeto. Tenemos allí no tanto la crítica como la teoría, tanto peor dirán, pero de la teoría de la lectura. Es decir, de todos aquellos estudios que, ya sociológicos, ya psicológicos, han querido comprender el modo en que los sujetos se enfrentan, abordan y desentrañan textualidades. La pregunta, sin embargo, afecta en mayor medida las investigaciones que bordean modalidades generalizables de lectura. Tenemos, por ejemplo, esos conceptos tan útiles para los investigadores cualitativos de la lectura, como son los de “comunidades interpretativas” o “competencia literaria”. Es posiblemente el campo más fructífero de los estudios de la recepción. Tanto, que FCE ha dedicado casi exclusivamente para ellos una de sus colecciones editoriales. También ejemplar resulta el ya clásico libro de Janice Radway, *Reading the romance* (1991), donde la autora analiza la lectura de mujeres de la ciudad de Smithton en un intento de evidenciar el modo en que las lectoras se vinculaban con las novelas románticas. Pero también la manera en que desarrollaban técnicas de resistencia:

La investigación etnográfica ha puesto en evidencia que Dot y sus lectoras viven la lectura como un acto combativo y compensatorio. Es combativo en el sentido de que les permite rechazar el papel social determinado para ellas en la institución del matrimonio. [...] Si podemos aprender a observar los distintos formas en las que diversos grupos se apropian y usan el arte producido en serie por nuestra cultura, sospecho que también podríamos empezar a aprender que aunque el poder ideológico de formas culturales contemporáneas es enorme, de hecho a veces incluso asusta, ese poder no es todavía absoluto o del todo dominante. (Radway 1991: 142 y ss.)¹

Lo que se juega aquí es no sólo una dificultad metodológica sino también una teórica. Dificultad que podría resumirse bajo la vieja oposición subjetividad-objetividad. Desde que las teorías de la recepción comenzaron a incorporar la figura del lector como elemento determinante de la experiencia literaria, la problemática de la objetividad y subjetividad se convirtió en eje de discusión para comprender la producción del sentido y los límites de la interpretación.

Entre las teorías que proponían un modelo aún asentado sobre las estrategias y modalidades del texto (fundamentalmente de vertiente europea, como la Escuela de

¹ La traducción del libro de Radway como de los libros de Norman Holland son de mi autoría.

Constanza) y aquellas que asumían una posición aún más radical virada hacia una posición antitextualista (fundamentalmente en Estados Unidos, como el reader-response criticism) la discusión involucró no sólo cómo comprendemos la lectura y nuestra relación con la literatura sino el carácter metodológico de su abordaje. Entre la sociología y la psicología, entre lectores hipotéticos y reales, entre comunidades e individualidades, los estudios sobre la recepción entran un diálogo en pares dicotómicos que a menudo parecen indiferentes a contradicciones inherentes a sus posiciones.

El recorrido de un autor como Norman Holland es al menos importante en este sentido y me gustaría detenerme unos momentos en él porque mucho puede enseñarnos su trayectoria. Pasada su etapa *New Criticism*, Holland se asienta en una posición cada vez más radicalizada en la vertiente del *reader response criticism*, la misma en la que es posible ubicar a Radway, es decir el efecto que las teorías de la recepción producían en los Estados Unidos. La primera versión de este Holland es aún matizada, se parece mucho a la posición pretendidamente “revolucionaria”, no son mis palabras, son las de Jauss, que sostuvo la Escuela de Constanza. Es decir, un “retorno al lector” de lo más extraño allí donde se lo buscaba en las estrategias del texto. Los remito a *El acto de leer* de Iser: no encontrarán nada, ¡nada!, que tenga que ver con el acto de leer. No digo que nada diga. Dice, y mucho, sobre qué es lo que un texto hace en relación con la lectura. Pero de lectores: nada, y de esto no cabe duda. Holland, que es incluso criticado en ese libro, había escrito breve tiempo antes su *The dynamic of literary response* (1967). ¿Qué tenemos allí? La estructura nodular de la teoría *reader-active* de Holland: la lectura recrea la identidad del lector. No en vano allí mismo vemos citar a Proust: “En realidad, cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo”. Tampoco en vano, radica aquí una coherencia inquebrantable, Holland afirma la necesidad de acudir al psicoanálisis. No a cualquiera por cierto: parece elegir la vertiente del psicoanálisis del yo lo que hace que su trabajo se plague de conceptos como *defensa* e *identidad*. Pero algo falla allí, y el mismo autor lo percibe, mucho más tarde, pero lo percibe:

Comencé a probar las ideas de *The Dynamics*. Emplé un grupo de estudiantes para un experimento. Leían relatos cortos y discutían sobre ellos conmigo en entrevistas en las cuales les hacía preguntas estructuradas, pero donde también estimulaba la asociación libre. Los dos tipos de respuestas mostraban más variedad de lo que podía explicar con mi anterior modelo de *The Dynamics*. [...] Comencé a dudar respecto de los planteos del *New Criticism* sobre la lectura. Para los Nuevos Críticos –y para mi propio modelo en *The Dynamics*– las lecturas no variaban demasiado entre los lectores. Los contenidos de las fantasías, las formas defensivas y las estructuras estaban todos “en” el texto y de un modo estable. El texto era una entidad fija que provocaba medianamente respuestas fijas”. (Holland 1999)

En 1975 escribe entonces *5 readers reading*, donde decide trabajar con *lectores reales*. Es una expresión absurda, pero de lo más necesaria. Tenemos que comprender lo que hasta entonces significaba un retorno al lector para entender porqué hablamos de *reales*. Holland parte aquí de un trabajo cualitativo con entrevistas a cinco estudiantes en las que conversa acerca de sus lecturas, pero específicamente acerca de un relato en particular: “Una rosa para Emily” de William Faulkner. ¿Con qué se encuentra Holland? Con la pura diferencia. Cada uno de estos estudiantes, que representan la misma clase social, la misma nacionalidad, la misma área de interés, la misma edad, podemos seguir en esta homogeneidad pero me detengo, cada uno de ellos lee sin embargo el mismo cuento de modos altamente diversos. Este punto es crucial y

volvemos a pensar en los estudios sociológicos de la lectura, si pensamos en qué es lo que pueden explicar. Pero continuemos. ¿Cómo explica Holland esta diversidad? Les señalé ya que su lógica es de lo más coherente: si la individualidad es insuperable es necesaria una teoría psicológica. Ya les adelanté: Holland elige el psicoanálisis. Aquí y allá, las respuestas de los jóvenes son articuladas a modalidades defensivas, a modos de trabajar la propia reconstrucción de su identidad. Si algo es generalizable aquí es sólo la modalidad operatoria. Porque incluso toda posibilidad de una textualidad intersubjetiva exige ser negada. *5 readers reading* aborda, en este sentido, el problema de la objetividad-subjetividad cuando se pregunta acerca del qué en el texto.

Toda lectura se origina en la personalidad del lector –en este sentido, toda lectura es “subjetiva”. [...] No importa cuanta evidencia textual, “objetiva”, pueda traerse a la lectura, el lector la estructura y adapta de acuerdo a sus propias necesidades internas. Es, tal como vemos, imposible sustraer elementos subjetivos en una lectura de los objetivos. O más bien: el lector responde a una obra literaria usándola para recrear sus propios procesos psicológicos característicos. Lo “que” el lector lee es finalmente, lo que el lector lee. Sólo es posible descubrir en detalle el que de la pregunta ¿quién lee qué y cómo? analizando las otras partes “cómo” y “quién”. (Holland 1975: 40)

No es que Holland se quede así sin nada. Mantiene un principio general, hay algo acerca de lo cual podemos establecer teoría: la lectura es un proceso de transformación de fantasías y defensas que concluye en la reconstrucción de la identidad. Sin embargo, esta posición tiene consecuencias severas sobre los estudios sociológicos de la lectura. Si encontramos diferencias tan notables, y lamento no poder aquí abordar las diversas interpretaciones sobre “Una rosa para Emily” que desarrollaron los estudiantes, pero los invito a visitar el libro de Holland; si encontramos diferencias tan notables, insisto, no podemos menos que sospechar acerca de todo tipo de generalización sociológica que acuda a modos de uso de los textos estandarizados bajo la consigna de algún tipo de comunidad.

Pero podemos avanzar un poco más todavía. Avanzar, incluso, sobre la propia individualidad, porque para acrecentar las dificultades tenemos todavía el malentendido. “Comiencen por creer que no comprenden. Partan de la idea del malentendido fundamental”, señalaba J. Lacan en el Seminario III (2011: 35). Hay que guardarse de comprender pues sólo nos queda interpretar. Pero a la vez, esta interpretación, Holland atiende a este problema, es ya un proceso subjetivo, abismalmente distante de todo cuanto acontece en el otro. Comprender es, en todo caso, ignorar la irreductibilidad infinita del otro (Derrida 1997). ¿A qué se sujeta este malentendido? Lacan nos ofrece una palabra, no diré un concepto porque es difícil reducirlo a un concepto dado su polisemia, la imposibilidad de cernirlo, una palabra, digo, que son dos en realidad, anudadas a una homofonía, *lalengua*: es decir la manera en que el discurso del Otro se inscribió en el inconsciente, el modo en que se produjo ese malentendido fundamental en la comunicación con el otro y sobre lo cual se tejió ese deseo del sujeto, ese deseo que Lacan dice que nos hace cornudos, en tanto nos engaña, nos obliga a formularlo en un lenguaje que no es nuestro, es del Otro, de allí esa idea de un sujeto barrado. Pero es un modo singularísimo en el que todo esto se produce, tan singular que hay una acción obligatoria en todo comienzo de análisis y es el de empezar desde un saber cero, tomar el caso como si el primero fuese. Así son las cosas, y también porque en Lacan la comunicación es un fenómeno invertido, no dibujaré el grafo del sujeto, pero si tal vez lo han visto recuerden esa cadena que va de A (del Otro, lugar del código) a s(A) (lugar del mensaje), que va y vuelve, porque la comunicación es una operación de ida y vuelta,

el receptor es emisor, el sentido se define en el Otro. Pero esta alienación tiene a la vez un efecto único. Por el mismo motivo de que hay un malentendido.

Por un lado, entonces, la condición del sujeto está determinada por lo que acontece en el campo del Otro. Pero esta determinación está marcada por una yerra. De allí es que emerge eso que podemos llamar *lalengua*. Si a eso se refiere Holland, aunque no es precisamente a eso porque Holland no se sitúa en un psicoanálisis lacaniano, pero si a eso pensamos que en realidad remite esa modalidad singular, ¿cómo podemos pensar en una comunicación de la lectura? Desde ya, la consecuencia es la imposibilidad. El proceso de lectura es singular y se sujeta a un malentendido.

Es frente a estas consideraciones que hace tiempo vengo insistiendo en trabajar con la noción de no-lectura de Pierre Bayard y su concepto de libro-interior, como el libro que busca reconstituirse, vanamente, en cada lectura. La no-lectura, entre otras cosas, porque cabría aquí pensar que es una expresión también difícil de atrapar, alude a esta ilegibilidad de todo texto y a la vez a esta experiencia única, incomunicable. Esto les parecerá radical y podrán asumir todas las posiciones que quieran del lado en el que existen límites en la interpretación, existen lecturas canónicas, existen diálogos intersubjetivos. Pues bien, no puedo decirles sino que son todas falacias. Que si existen esas cosas es porque hay estructuras, valga esta palabra con todos sus cuidados, pero historizadas (ya Piaget demostró la compatibilidad de estos términos). Historizadas al punto en que las defensas tampoco son fijas y que dependen, verán que no se trata de una anti-sociología, de las condiciones socioculturales. El psicoanálisis es atento a esto, no crean lo contrario. Miren sino cómo en *Psicoanálisis de la adolescencia* (1987) Peter Blos expresa la necesidad de modificar las defensas reseñadas por Ana Freud con relación a la adolescencia allí donde no se adecuaban a la sociedad norteamericana. También hay eso, dirán ustedes, hay defensas. Pero más allá de esos conceptos que son en todo útiles, el trabajo de Holland nos conduce al uno a uno. No a la última etapa de Holland, vale aclarar, etapa que he obviado porque se introduce allí una perspectiva neurológica que habría que reconsiderar, habría que pensar si no desmorona lo más significativo del logro de Holland, y es la atención en la subjetividad.

No estoy aquí afirmando que los trabajos sociológicos de la lectura sean inválidos. Que todo cuanto hace, digamos por tomar un caso, Janice Radway yerre en su posición epistemológica. Me contento con señalar las dificultades de toda teoría de la recepción que no se detenga en una psicología de algún tipo. Pero también las dificultades de toda investigación cualitativa que se debate entre lo particular y la necesidad de una generalización que emerja en algún tipo de teorización. Que asumamos la incomunicabilidad de la lectura no es, de todas maneras, problema alguno para la crítica. Basta considerar que cada relectura (diría más bien: no-lectura) de un texto abre el abanico de textualidades posibles, de espacios de juego en el que cada lector emplea sus propios mecanismos de transformación.

Es, al menos, el respiro de una soledad compartida. Tal vez sea este el sentido de esa expresión ya algo gastada, pero bien al caso, de C. Lispector: “Lo que nos salva de la soledad es la soledad de cada uno de los otros”.

Bibliografía

Bayard, Pierre. *¿Cómo hablar de los libros que no se han leído?* Traducción de Albert Galvany. Barcelona: Anagrama, 2008.

Derrida, Jaques. *Sobre la hospitalidad*. Traducción de Cristina de Peretti y Francisco Vidarte. En *Derrida en castellano*. Edición digital disponible en: <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/hospitalidad.htm>. 1997.

Holland, Norman. *The dynamics of the literary response*. Edición digital disponible en: <http://www.clas.ufl.edu/users/nholland/>. 1968.

_____. *5 readers reading*. Edición digital disponible en: <http://www.clas.ufl.edu/users/nholland/>. 1975.

_____. *The story of a psychoanalytic critic*. Edición digital disponible en: <http://www.clas.ufl.edu/users/nholland/>. 1999.

Iser, Wolfgang. *El acto de leer*. Traducción de J. A. Gimbernat. Madrid: Taurus, 1987.

Lacan, Jaques. *Escritos I*. Traducción de Tomás Segovia. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

_____. *Seminario III. Las psicosis*. Traducción de Juan-Luis Delmont-Mauri y Diana Silvia Rabinovich. Buenos Aires: Paidós, 2011.

Littau, Karin. *Teorías de la lectura*. Traducción de Elena Marengo. Buenos Aires: Manantial, 2008.

Radway, Janice. *Reading the romance*. University of North Carolina Press, 1991.